

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 30 de Octubre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 44

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M. — *Vida artística*, por Federico de Sancho. — *La fiesta de Venus*, por Vicente W. Querol. — *Relojería*, por Armand Silvestre. — *Poetas mejicanos: To be*, por M. Gutiérrez Nájera; *Fragmento*, por José M. Bustillos. — *Historia de América*, por Camilo E. Estruch. — *El Credo del pescador*, por M. Corral Caballé. — *Nupcias*, por M. Ferrer y Lalana. — *La química de la vida*, por el Dr. Salcedo. — *Sonetos*, por Gonzalo de Castro. — *Centro Gallego de Montevideo*. — *Cristóbal Colón* (conclusión), por Alfonso de Lamartine. — *Nuestras ilustraciones*. — *Impresos recibidos en esta Redacción*. — *Regalo á nuestros suscriptores*. — *Advertencias*. — *Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Muerte de Tabaré. — ¡Dios mío!... ¡qué solos—se quedan los muertos! — ¡Dios dirá!... — Madrid: Las esfinges de la nueva Biblioteca y Museos Nacionales.

CRÓNICA

REVIENTAMENTE invitados, tuvimos el gusto de asistir en la noche del 27 del actual al Círculo de Bellas Artes, que tantas muestras viene dando de su entusiasmo por lo bello y por los grandes acontecimientos que se relacionan con las glorias de la patria.

En dicho día tratábase de la inauguración preliminar, dedicada á la prensa, de la *Exposición de cabezas y vitelas* que dicha Sociedad ofrece en sus salones, y que ha de ser una de las solemnidades y festejos más notables del Centenario por las riquezas artísticas que contiene.

Digna hermana esta Exposición de las anteriores, *Blanco y Negro y Acuarelas y pasteles*, celebradas también en el mismo Círculo, ha de dejar gratisimos recuerdos entre los aficionados y dar honra y fama á sus autores, ya ilustres é insignes como dibujantes y pintores.

Asimismo hemos tenido el gusto de recibir y hojear con deleite el número extraordinario que el mencionado Círculo de Bellas Artes dedica á Colón, el cual, desde el punto de vista artístico, es una maravilla por la preciosa colección de sus asuntos y lo magistralmente que están desempeñados.

En él colaboran toda la flor y nata de nuestros pintores, escultores, músicos, arquitectos, fotograbadores, cronistas, políticos y literatos; dar aquí cuenta de todos y cada uno de ellos sería cuestión de no acabar nunca de transcribir nombres célebres y gloriosos en las artes, en la ciencia y en la gobernación del Estado.

Aun á trueque de ser indiscretos, vamos á transcribir aquí algunas de las composiciones literarias que figuran en tan notabilísima publicación.

TIERRA Y CIELO

Escondida y olvidada
como en el campo una flor,
te adiviné mi cariño
y mi fe te descubrió.

Y estoy del descubrimiento
más ufano que Colón;
que él descubrió nueva tierra
y en ti un nuevo cielo yo.

RICARDO SEPÚLVEDA.

Surge Colón, y remedia
esta espantosa tragedia
que en aquel tiempo ocurría:
¡media humanidad vivía
sin saber de la otra media!

VALENTÍN GÓMEZ.

Á COLÓN

Colón, cuatrocientos vates
celebran tu Centenario,

diciéndote disparates
con arrojo extraordinario.

Así á tu costa se exhiben,
pero no te desazones...
No saben lo que se escriben,
y es justo que les perdones.

CARLOS FRONTEIRA.

LA PARTIDA DE COLÓN

Génova, si te envanecés
con la gloria de Colón,
considera, sin pasión,
lo poco que lo mereces.

Su patria no puede ser
la que en vida le abandona;
Colón no nació en Saona,
nació en Palos de Moguer.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

**

Vaya de fin de fiesta un caso por demás gracioso:

El hecho ha ocurrido en Sevilla y en la Audiencia.

Está constituida la sección cuarta para juzgar en un proceso por lesiones.

El presidente manda que entre la principal procesada.

— ¡Dolores Alvarez! — grita el ujier.

Y se presenta un hombre.

El presidente se queda un poco perplejo. No había duda: aquel era un hombre, con su chaquetilla corta, su pantalón ajustado, sus tufos echados para adelante, su tez casi negra de puro tostada, y para detalle más convincente todavía, su petaca de suela asomando por el bolsillo de la chaqueta. Podía llamarse Dolores por un capricho de su padrino. Sólo que... aquel hombre tenía algo de mujer.

— Se llama Ud. Dolores? — preguntó el presidente, no atreviéndose todavía á abordar de frente la cuestión.

— Sí, señor, — contesta el él ó ella.

— ¿Y es Ud. mujer, ú hombre?

— Pues... soy mujer; pero me visto de hombre porque me es más cómodo para trabajar en el campo y me apaño mejor con pantalones que con enaguas.

— ¿Fuma Ud., por lo que veo?

— ¿Qué he de hacer? Como me ven de hombre me ofrecen tabaco y yo tengo que corresponder.

El presidente no quería dar crédito á sus ojos y á sus oídos.

— A ver, — dijo, — que reconozcan á éste ó á ésta.

Pero la duda era si el reconocimiento debía hacerlo un hombre ó una mujer.

Dolores pidió que fuese una persona del sexo femenino, y la mujer del portero de estrados se encerró con Dolores, no sin cierta escama.

Su veredicto hizo fe ante el Tribunal; declaró que Dolores era mujer, sin género alguno de duda.

J. G. M.

VIDA ARTÍSTICA

(EN EL ESTUDIO DE TABERNER)

EDICARSE en España á cultivar el arte es demostrar verdadera indiferencia hacia la vida; pues conocidas son de todo el mundo las privaciones por que pasan la generalidad de los artistas, y más especialmente los españoles. Muchos son los que empiezan su carrera llenos de fe y entusiasmos, sin preocuparse de las contrariedades que les esperan ni de los desengaños que les aguardan; pocos, muy pocos, los que consiguen vencer tantos

obstáculos y conquistarse un nombre y una posición independiente. Entre estos últimos (en verdad privilegiados de la fortuna) figura Taberner en muy buen lugar y por sus méritos, que no son pocos.

En algunos años de incansable trabajo ha logrado Taberner romper el incógnito, cultivando con verdadero arte la pintura decorativa. En lo cual ha demostrado ser hombre práctico, pues estos trabajos producen bastante dinero. La mejor prueba de que sucede lo que afirmo es que Taberner tiene ya su estudio propio con todos los detalles de buen gusto y todas las comodidades que pueden apetecerse. Es el tal estudio bastante grande, y en él campean la elegancia sobria y el artístico desorden. Adornan las paredes pinturas al óleo, bocetos, relieves en yeso, espejos, retratos de personas célebres y una biblioteca con libros escogidos. No faltan tampoco muebles antiguos, tapices, armaduras completas, dos pianos y otras cosas que no es posible recordar. Sujetos á sendos caballetes, lienzos de grandes proporciones forman biombo en el centro del estudio, y aguardan á que la mano experta del pintor oscurezca su blancura con manchas de color, que la misma mano transforma luego, como por arte de encantamiento, en arrogantes figuras, hermosas mujeres, delicadas flores y otras mil cosas que la naturaleza crea y artistas como Taberner copian con verdadera maestría.

No creo necesario hacer elogios de Taberner. Conocido es de todos los que han visto en el salón de tapices del Ateneo sus alegorías de las Artes y Ciencias, como también de todos los que han admirado los lienzos que cubren las paredes del comedor del Casino de Madrid. Además de que mis alabanzas de seguro carecerían de competencia, se ofendería Taberner en su modestia proverbial. El mejor elogio de sus obras está en ellas mismas; los que las conocen, así lo saben, y los que no las conocen, que son muy pocos, véanlas y me darán la razón.

En corroboración de mi aserto, voy á referir un episodio de la vida artística de Taberner. El dueño de la repostería de Viena encargó á la fábrica de tapices los que decoran las paredes de dicho establecimiento; pero debieron de hacer mal el cálculo de los tapices que eran necesarios ó agrandar el local, y se quedaron tres huecos sin su tapiz correspondiente. Resultando engorroso montar de nuevo los telares para la fabricación de los tres tapices, el propietario encargó á Taberner que pintase lienzos que los imitaran, el cual cumplió tan bien su cometido que en nada se diferencian los tapices tejidos de los pintados.

Muchos han sido los particulares que han encargado á Taberner del decorado de sus casas. Tiene, entre otras obras que no recuerdo, las siguientes: en el hotel de la Infanta Eulalia, la alcoba, el tocador, la galería japonesa y la escalera; tres techos en el hotel de los Sres. de Martos; otro, imitando porcelana, para la casa de los Vizcondes de Torre Almirante; en la de la Condesa de la Quintería, el salón de música, los gabinetes japonés y Luis XVI y el pabellón del jardín. Ultimamente ha pintado el techo de la alcoba de D. Eugenio Esteban, casado hace muy poco con una hija de D. Matías López.

En reñido concurso, al que acudieron no pocos pintores, fueron premiados los bocetos que Taberner presentó para decorar el salón de contratación de la nueva Bolsa. Su actividad y su talento ha puesto Taberner en esta obra durante unos dos meses, días más ó menos. Compónese de diez y ocho lienzos de gran tamaño, con pinturas alegóricas de España y sus principales provincias, sin olvidar al comercio, al trabajo y al capital. Todos estos lienzos llevan sus aditamentos con escudos de las provincias respectivas y particularidades que más las distinguen. El lienzo que ha de ocupar el centro lo componen tres figuras representando á la Paz, que extiende sus brazos á España y al Comercio; símbolo verdadero de la última época por que ha atravesado nuestra nación, época tranquila, en la cual han podido prosperar, y han prosperado, todas las industrias nacionales. En lo alto del lienzo se lee el siguiente lema: *Commercium pacem firmant*. Muy bien pensadas están las alegorías del Trabajo y el Capital. Figuran en la primera, en desorden artístico, la colmena, la grúa, la maquinaria... en fin, todo lo que representa actividad. Componen

la segunda el edificio del Banco de España, el busto de Crespo, la caja del regimiento, la hucha, el cepillo de las ánimas, monedas y billetes... en una palabra, todo lo que representa acumulación de dinero. Los quince lienzos restantes están dedicados á representar alegóricamente á las provincias principales de España. Con igual cariño ha puesto Taberner su ingenio en todas ellas, para simbolizarlas con verdadera originalidad. Madrid empuña la espada y el bastón, emblemas del mando y del poder; á un lado, y sobre rojo almohadón, se ven la corona y el cetro; al otro lado manifestaciones de las artes y de las ciencias, y en el fondo, ligeramente velado, se destaca la mole del Palacio Real. Barcelona, hilando sus tejidos, preside altiva los atributos relacionados con la Industria, nota característica de esa capital, verdaderamente asombrosa por su actividad y su constancia en el trabajo. Granada la sultana, con sus ropas y su languidez, nos trae á la memoria los antiguos tiempos de dominación oriental. Valladolid empuña el arado encima de montones de trigo. Badajoz, de pastora, guarda su rebaño, con la sencillez y el encanto de los pastores de las églogas. Y, para terminar, me basta decir que todas las provincias están muy hábilmente interpretadas: Valencia con sus flores, Zaragoza con la Pilarica y sus frutos, Sevilla con la Giralda, Bilbao con sus hierros, Oviedo con sus cañones de Trubia, y Santander con atributos marítimos. Cuba y Filipinas no desmerecen de sus hermanas.

Muy sinceramente felicito á Taberner por esta obra, que, con seguridad, ha de aumentar la justa fama de que ya goza entre los que cultivan la pintura decorativa.

FEDERICO DE SANCHO.

LA FIESTA DE VENUS (1)

Yá del obscuro Cytherón las cumbres
Bajaba el sol á trasponer, vertiendo
Ríos de luz sobre los verdes mares,
Cuyos abrazos lánguidos y besos
Dulces y prolongados adormecen
Los grupos de las islas del Egeo...
Helios guiaba sus caballos de oro
Hacia el collado de la augusta Delfos,
Y en las rocas de Egina y las abruptas
Cimas sagradas del antiguo Himeto
Sus reflejos de púrpura bañaban
Los bosques de olivares cenicientos,
Por donde va entre franjas de verdura
Del Cefiso el caudal siempre risueño.

Sunium extiende la azulada sombra
De su alto promontorio sobre el lecho
De las calladas ondas y en la cumbre
Blanco se eleva de Minerva el templo,
Donde Platón meditabundo entabla
Coloquios con las musas del silencio.
De allí descubren los pasmados ojos
Todo el golfo del Ática, y los senos
De sus risueñas costas, y el enjambre
De sus pequeñas islas que, en el terso
Cristal, parecen cual bandada de aves
Fugitivas del África, que el sueño
Detuvo allí una noche, y que á otros climas,
Tornando el alba, emprenderán su vuelo.

Bajo del ancho pórtico, en las gradas
Que hasta el atrio conducen, sobre el fresco
Césped que brota entre las blancas piedras,
De las columnas jónicas sustentado,
Platón descansa entre el amado grupo
De sus fieles discípulos que atentos,
Ora á la voz de su elocuente labio,
Ora al rumor del mar, que en sordo estruendo
Bate del cabo las disformes rocas,
Ora á las quejas lánguidas del céfiro,
Yacen inmóviles semejando aquellas
Escenas de los dioses que el eterno
Cinzel de Fidias, en los anchos frisos,
Supo trazar del Parthenón soberbio.

Callados miran, de la clara tarde
Á la mudable luz, tierras y cielos
Prolongarse sin límites. La noche
Sube ya por las faldas del Taygeto;
Pero aun el rayo trémulo del día
Brilla sobre el sepulcro de Tesseo.
Callados miran de la mar hirviente
Los vívidos cambiantes y el incierto
Vaivén de sus llanuras solitarias
Que leve impulsa pasajero el viento;
Cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa
Trajo á su oído el rumoroso eco
De la confusa multitud que invade
Las murallas de mármol del Pireo.

Largos triremes de encorvadas proras
Con la estatua de un dios; con los abiertos
Velámenes de púrpura, que ciñen
Cuerdas de seda pérsica, al ligero
Soplo del aire henchidos; con la popa
De oro y marfil ornada, y con los remos
Blancos cayendo en uniforme golpe

Sobre las quietas aguas, desde el puerto
Bogaban hacia el mar, y al clamoroso
Grito de despida, los viajeros
De las gallardas naves, agitando
Ramas de mirto y en la sien ciñendo
Frescas guirnaldas de fragantes rosas,
De ¡adiós! mandaban el alegre acento.

«Mirad: la primavera,
Dijo Platón, con sus templadas lumbres
Ya de la azul esfera
Bajó de Grecia á las desiertas cumbres;
Ya de las urnas de los sacros ríos
Brotó el caudal sonoro,
Y en los valles umbríos,
Cabe las fuentes, las risueñas ninfas
Danzan en raudos coros,
Sus pies mojando en las fugaces linfas.
Abril sobre la tierra
Llegó seguido de inocentes juegos,
Y en todo pecho virginal encierra
Del casto amor los poderosos fuegos.
Ya la guirnalda trémula corona
Los álamos y acacias,
Y el himno alegre de la vida entona
El grupo de las Gracias.
Mirad: esas veleras
Naves que van sobre la mar sombría,
Dejando atrás de Atenas las riberas,
Mañana, cuando el día
Trace en Oriente la argentada raya,
Nuncio del sol, entre la niebla fría
Verán de Chipre la extendida playa,
Donde, con voz doliente
La madre de Afrodites, á la ausente
Hija llamando, lánguida desmaya.»

Calló, y las naves avanzando raudas
Dejan atrás el mágico archipiélago
De las Cycladas islas, y en las aguas
Navegan ya del cabo, hacia el estrecho
Encaminando el rumbo. Á Chipre llevan,
Para postrarse ante el altar de Venus,
Los peregrinos del amor, que el voto
De ver la diosa del abril hicieron.
Sobre la popa en grupo las doncellas,
Al compás de acordados instrumentos,
Tejen las danzas de la Frigia, en tanto
Que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,
Al blanco soplo de la tarde, entrega
El himno sacro en cadenciosos versos.

HIMNO Á VENUS

I

Quando nació en el agua que rompe en las arenas,
Á Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas
Trajéronla, diciendo monótono cantar.
Quando enjugó en la orilla su cabellera blonda,
Las gotas que cayeron sobre la móvil onda
Las perlas son que avaro guardó en su fondo del mar.

II

Quando entreabrió los ojos cual rayo de alegría,
Bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día,
Vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres,
Y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,
Tiñó las tenues nubes con cálido arrebol.

III

Quando entreabrió los labios, las inodoras brisas
El inconstante vuelo pararon indecisas
Para aspirar el ámbar nacido en su carmín.
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,
Llenaron los espacios con célicos aromas
De rosa y de violetas, de nardo y de jazmín.

IV

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento
Las palmas imitaron cimbrándose en el viento,
Las nubes en los cielos flotando el blanco tul,
Los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,
Y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas
Rodaron armoniosas por la extensión azul.

V

Habló, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo;
El céfiro en las ramas, con plácido murmullo,
Fingió el suspiro tierno que arrebató veloz.
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,
Formaron todas juntas los mágicos conciertos
Que, aun hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

VI

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,
Nació la que hoy adoran de Chipre en los altares;
Su enamorado esposo el dios del fuego es.
La guerra entre sus brazos semivencida duerme,
Y del triunfante Baco, su débil mano inerme,
Los sanguinarios tigres encadenó á sus pies.

VII

Por premio en el certamen ganó de la hermosura
El rico fruto de oro, y á su gentil cintura
Atáronle las Gracias el blanco ceñidor.

Su símbolo es el mirto, que el aquilón no troncha;
Su carro de batalla la nacarada concha;
Sus invencibles armas las flechas del Amor.

VIII

Cantemos á la diosa en cuyo templo augusto,
Sobre las limpias aras, el sacerdote adusto
No inmola ser alguno con matador puñal.
Llevémosle de Arabia las olorosas gomas,
Del Pindo y del Coëta las candidas palomas
Y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan
Platón y sus discípulos atentos
Los cantos de las naves, y repiten
Á media voz sus armoniosos metros.
La luz tranquila de la tarde clara;
La soledad callada; el casto beso
De la apacible brisa; el son lejano
De las acordes lirás; los reflejos
De los dormidos mares; los efluvios
De las silvestres flores, y el concierto
De las aves que anidan en los bosques
De olivos y laureles, todo á un tiempo
La mente inclina á meditar, y todos
Su vista al rostro de Platón volvieron.

— «Sí, les dijo el filósofo, la diosa,
Cuya dorada hebra
Rayo es del sol, y cuyo pie á la rosa
Dió su color purpúreo, la graciosa
Fiesta en los templos del amor celebra.
Pero el sagrado mito
Que en su risueño culto
Dejó la Grecia primitiva escrito,
Hoy, del pudor insulto,
Perdió en los pueblos su sentido oculto,
Y es de la carne el oprobioso rito.
Venus no fué la meretriz impura,
Sino el místico emblema
De la incesante y renaciente vida,
Que eternamente dura
Del casto amor bajo la ley suprema.
Venus es la escondida
Fuerza que late en todo;
Alma por arte misterioso unida
Del cuerpo vil al deleznable lodo.
Es el consorcio, el plácido himeneo,
La infatigable creación, la esencia
Que por secreto modo
Vivida alienta el pertinaz deseo.
Venus es la existencia
Que audaz la muerte pasajera trunca;
Pero que entre sus brazos
Naturaleza, con amantes lazos,
Perpetua engendra sin cansarse nunca.

» Por eso cuando asoma
Bella en abril la verde Primavera,
Y busca la paloma
Á la paloma fiel por compañera;
Cuando se abren en flor las secas ramas;
Cuando en el prado y en la parda loma,
Del sol naciente á las templadas llamas,
Dan las plantas al viento el suave aroma;
Cuando cada semilla
Germina oculta en la bañada tierra,
Y el nido la avecilla
Allá en el fondo de la selva encierra;
Cuando brota el retoño;
Cuando corre festiva
Los claros bosques la ufanada cierva,
Y, huésped del abril hasta el otoño,
La codorniz esquiva
Viene á esconderse entre la fresca hierba,
Y la cabra lasciva
Busca las tiernas hojas del madroño,
Y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,
A la ciprina diosa,
Símbolo fiel de los amantes fuegos,
La juventud consagra hojas de rosa,
El himno dulce y los alegres juegos.»

Calló, inclinando el rostro, y los discípulos
Meditaban las frases del maestro,
Quando, tras del Acrópolis, la luna
Su disco alzaba enrojecido, inmenso,
Y el amarillo nimbo del crepúsculo
Sobre los montes se apagaba lento.
Más que otras noches en la azul techumbre
Blanco brillaba el diamantino Véspero,
Propicio al navegante, y su albo rayo,
Copiándose sobre las aguas trémulo,
Pareció que á las naves atenienses
Marcaba el rumbo por el mar desierto,
Donde velas, y música y cantares
Entre sombra y distancia se perdieron.

VICENTE W. QUEROL.

RELOJERÍA

o habrá quien niegue que un reloj
es un buen amigo, cuyo rítmico
ruidillo parece su propia respiración y
señal de vida, acompañando con las dis-
tintas fases de su rostro el curso de
nuestras ideas y aquellos latidos con
que palpitan la ansiedad de nuestras
esperanzas ó el temor de nuestros do-
lores. ¡Cuántas veces, al ver que el reloj, sobre

(1) De la última edición de las *Rimas*, recién publicada.



M. Ramirez lo pintó

MUERTE DE TABARÉ

(De la Exposición Internacional de Bellas Artes de 1892 en Madrid.)

FOTOG. DEL ORIGINAL POR J. LAURENT Y C.



Museo Trigall lo pinto

¡DIOS MÍO!... ¡QUE SOLOS — SE QUEDAN LOS MUERTOS!
(Del Museo Nacional del Prado.)

FOTOG. DEL ORIGINAL POR J. LAURENT Y C.^ª

la mesa puesto, se paraba, pensé que era un amigo que á mi lado se dormía aumentando con ello mi soledad! Hace algunos años compré en Amberes un reloj del tiempo de Luis XV; era muy bonito, y en la caja tenía cincelada una escena mitológica representada por mujeres desnudas y significando el rapto de Proserpina. Aunque parezca raro, el tal reloj andaba, moviendo ordenadamente sus viejos engranajes bajo aquella especie de catedral cobriza. Sin embargo, tenía un defectillo, y es ello que sólo andaba á condición de ser llevado; porque tan pronto como se le colgaba de un clavo ó ponía sobre la mesa, el buen señor se paraba, señalando aquella hora en que se le sacó del bolsillo.

Pues este vicio suyo aumentó la estima que le tenía, á fuerza de ver en ello la manifestación del cariño que me profesaba, indudablemente significada en aquella especial manía de no querer vivir sino al calor de mi tetilla izquierda; y como correspondiera su acelerado *tic-tac* á los latidos de mi corazón, pensé que era el reloj más humano entre los de su especie. ¡Quizás un espíritu amigo lo habitaba!... ¡Quién sabe si alguna de las queridas del rey casquivano, por él abandonadas, exhaló en este atantillo dorado dulce lamento eligiéndome consolador suyo! Sabrosa y dulce hallaba la elección que me instituía vengador de una especie particular de crimen imputable á cierta institución decadente. Así, pues, entre aquella reliquia de santidad ignota y yo existía amistad fuerte como cadena de hierro.

Un día, la fatalidad quiso fastidiarnos. Sucedió que yo había perdido en el juego bastante dinero, y, no atreviéndome á pedirselo á mi familia, me vi obligado á empeñar mis enseres. Por tanto, y según un refrán, ya que tenía desgracia en el juego, era afortunado en amores, y mi triunfo decisivo pendía de una cena. Vosotros sabéis que estar una mujer dispuesta en favor nuestro no significa el deseo de comer unos langostinos en un cuarto reservado; pero como conviene admitir las costumbres, aunque la *cena* es una especie de *fórmula*, un hombre decente no debe esquivar su cumplimiento por no parecer tacaño ó descarado.

Fuí, pues, por la calle de la Manzana hasta la relojería de Campistrón á encargarle que buscase un aficionado á las cosas del buen amigo Luis XV, el cual relojero, después de prometerme el cumplimiento del encargo, me dió lo que yo había menester para cruzar con la cabeza erguida entre las mesas de la fonda y dar los tres golpes misteriosos con los cuales se abren las puertas del amor.

II

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, estando á guisa de centinela á las puertas del café Albrighi, conocido por todos los geógrafos graves, y dominando las cuatro esquinas de la calle de Lafayette, contemplaba el regreso de las damas que habían ido á paseo y que ya volvían, unas á pie, otras cabalgando, otras en carruajes y fustigando ellas mismas los caballos, guiados acertada y rápidamente. Aquel abigarrado conjunto, parto de la alegría, brillantado con ojos relucientes, vistosos trajes, caras divinas y velos flotantes, discurría veloz, y entre las muchas damas iba aquella que al pasar por delante de mí me saludó significativamente con la mano, como diciendo: «Esta noche, el segundo acto.»

Cuán alegre y dichosa me parecía la existencia adornada con tibios rayos del sol de otoño, en una hora tan agradable del día, y teniendo delante de mí el vaso del refresco medio vacío, el panorama tumultuoso que con rapidez se desliza, dejando en pos de sí efluvios perfumados y la esperanza de continuar una obra cuyos primeros cuadros tan gratos me habían sido. Por eso cuando mi amigo Rabastens llegó al café y tomó asiento á mi lado, sentí por él gran conmiseración, y no pude resistir el deseo de decirle:

—Amigo Rabastens, con tu matrimonio eres infeliz.

Me miró amoscado, y después, poniendo la cara risueña, hizo un mohín que yo entendí ser la expresión de aquel proverbio latino que dice: *Nemo sua sorte contentus*.

—¿Qué es ello?—dijo él;—¿porqué me dices eso? ¿Es que tú has sabido?...

Le interrumpí bruscamente:

—Nada que perjudique á tu mujer; pero vosotros los afiliados á la gran familia conyugal no gozáis de los placeres del mundo.

—Ya veo que tú no conoces á Ángela,—replicó Rabastens con viveza, y cierto carmín coloreó sus mejillas, quizás porque pensara:

—«Ya quisiera yo que encontrases una proporción como la mía.»

Yo ignoraba quién era la mujer de mi amigo, pero me irritaba el envanecimiento que por ella tenía, tanto más cuanto que no podría compararse á mi última víctima; porque esas jamonas toscas y caseras no comprenden ciertas delicadezas del amor. El amor es una ciencia como la cosmografía ó la esgrima, que requieren haberlas sondeado conscientemente; es una ciencia en alto grado experimental.

III

—¿Y la libertad perdida? ¿No hablamos de ella?

—dije yo provocativamente ofreciendo á Rabastens una copa de *vermout* para humillarle con mi felicidad, al mismo tiempo que le anonadaba con mi independencia.

—¡La libertad! Si yo hago absolutamente lo que me da la gana. Entro en mi casa á altas horas de la noche, sin que lo advierta mi mujer...

—Eso no habla mucho en favor tuyo.

—Hay tiempo para todo, chico; y pienso que sería un imbécil quien por mostrar solicitud á su mujer le abriese los ojos. Prefiero muchísimo más decirle cuando despierto y ella pregunta: «Vida mía, si eran las onces»; y luego probarle con un argumento, al que la mujer siempre se muestra propicia, la fuerza material de mi razón. Así no temo réplicas y vivo tranquilo.

—¿Y tú suegra?

—¿La señora de Belvés? La pobre está loca por mí, y no hay semana que deje de hacerme un regalito; yo mismo me encadenó á su voluntad, que suele ser amarga muchas veces; pero le doy por la corriente, y así vamos viviendo. Esto es chocante. Después que me hizo la guerra mucho tiempo (una guerra inocente) porque yo fumaba demasiado, ahora es ella quien me viene á ofrecer los cigarrillos. Las mujeres no saben corregir las costumbres de los hombres. ¡Pobre suegra! Pero no le es costoso satisfacer mis gustos. Ya sabes que quiero mucho á las viejas. Hace pocos días me ha regalado un sillón de la época de Dagoberto, que pienso que haya pertenecido al mismísimo Dagoberto; por tanto, habrá tocado las espaldas de un soberano con mayor motivo que ningún otro sillón del reino. Mi suegra, todas las tardes me recuerda que guarde en el bolsillo el puñadito de cuartos que cojo al salir á la calle; pues bien, visito una casa, trampa ó gazapera que tira de mí más que el reposo de mi familia y que los encantos de mi hogar, donde existe la dicha tranquila y verdadera. Te digo que estas cosas no manifiestan que yo tenga líos; pero ¿debo por esto estar menos agradecido á mi suegra y á mi mujer, que me dan ocasión de que los tenga?

—Seguramente, no,—le dije; y acabando de un trago el refresco, di la mano á mi amigo y me fuí soñando en las delicias que me esperaban, ahít ya de la felicidad legítima de aquel animal.

Hablemos con franqueza: aun siendo muy agradable una mujer, por mucho que la deseemos, aunque se muestre muy blanda á nuestros ruegos, fácil y conciliadora; aunque corresponda con el pensamiento suyo al que nosotros llevamos, siempre es dificultoso y cortado el paso de la primera entrevista amorosa, cuando uno y otro van á cruzar el umbral de una desilusión posible. Si, son estas primeras horas turbación del más sereno.

Pero cuán agradable es la segunda visita, justificada por la primera, cuando no recela uno de aquella que le aguarda, ni duda de sí mismo. No existe nada tan delicioso como esos momentos que participan del atractivo de dulces esperanzas y del placer de gratos recuerdos.

Esto iba yo pensando cuando vi que las horas no corrían tan veloces como esperaba; eché mano al bolsillo buscando el reloj, y mis dedos palpáron triste soledad; porque mi acompañante, el que me decía la hora á condición de ir conmigo, se hallaba ausente y desterrado. Parecíame que la antigua favorita abandonada, cuyo espíritu en el reloj vivía, con su vocecita metálica y quejumbrosa, simulando á un eco lejano, me decía cosas dulces y añejas consoladoras y mitológicas.

IV

No cuatro días, sino cuatro noches pasé muy á gusto sin acordarme ni un solo momento de aquel animal Rabastens.

Era mi pesadilla el deseo constante de ir á la relojería y preguntar á Campistrón si mi joya había encontrado dueño; el cual me dijo después que sí, cobrándome además la diferencia que existía entre lo que le dieron por la compra del reloj y lo que me había entregado por la venta del mismo.

Fué la compradora una vieja, según me dijo Campistrón.

—Pero ¿Ud. le ha advertido el defecto del reloj?—le dije.

—Sí—respondió el relojero;—le hice presente que sólo andaba puesto en el bolsillo.

—¿Y á pesar de eso lo ha comprado?

—¡Ya lo creo! Y poco que se pudo reír la buena señora, que me dió veinte pesetas de más y se fué dando saltitos como una niña traviesa.

Me resarcí de aquella pérdida con un buen remontoir que me costó escasamente unas veintidós pesetas.

De allí á una hora encontré á Rabastens melancólico y triste en el café Albrighi.

Me alegré de hallarle así.

Con eso el célibe se vengaba.

—¿Qué tienes?—le dije cariñosamente.

—Estoy embrutecido,—respondió muy malhumorado.

Acaso le afligía un disgusto matrimonial. Acaso le habría sido infiel Ángela... Rabastens co...mico. Sin querer me eché á reír.

—¡Pobre amigo!

Le tomé la mano con hipocresía tan refinada,

que hubiera sido necedad pensar que él no lo comprendía.

—Figúrate—dijo tristemente—que hace tres días me es imposible engañar á mi mujer.

—De mal el menos—dije,—puesto que Ángela es hermosa.

—Engañar á mi mujer—replicó él—acerca de la hora en que salgo ó entro en casa; y es lo más extraño que ella se acuesta y levanta á las horas que tenía por costumbre; pero todas las mañanas viene á buscarme y me dice, á guisa de reprensión, la hora en que me acosté la víspera.

—¡Eso es bueno!... Pero ¿estás seguro de que no es tu suegra quien te acecha y se lo dice después á tu esposa?

—¡Cal! Nunca he visto á mi suegra tan complaciente y cariñosa como está ahora conmigo. Toma, mira el reloj Luis XV que me ha comprado en casa de Campistrón. Una ganga proporcionada al relojero por algún estúpido que depositó esta joya ignorando su valor.

Miré tristemente el rapto de Proserpina con su cortejo de mujeres desnudas... ¡Pobre tumba del alma de la favorita!

Pero qué animal era aquel Rabastens: no había comprendido que el reloj se le paraba al dejarlo sobre la mesita de noche, y que, estando en el secreto las mujeres de la casa, al acercarse al lecho y mirar la hora, descubrían la conducta de mi amigo.

—Magnífico—dije aparentando indiferencia, aunque estuviera conmovido porque el suave *tic-tac* de mi antiguo compañero parecía decirme: ¡Adiós!

La noche siguiente no encontré en su casa á mi adorada, y en cambio me dieron un billete en que me decía que había partido para siempre y que no nos veríamos más, y todo aquello sucedió á la misma hora en que pensé haber oído la vocecilla misteriosa del reloj... ¡Ah! estaba sólo en el mundo.

ARMAND SILVESTRE.

POETAS MEJICANOS

TO BE

¡Inmenso abismo es el dolor humano!
¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
Aplicad el oído al abra obscura
De los pasados tiempos... ¡Dentro cae
Lágrima eterna! A las inermes bocas
Que en otra edad movió la vida nuestra
Acercaos curiosos... ¡Un gemido
Sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida obscura,
Pero vida también la del sepulcro:
La materia disyecta se disuelve;
El espíritu eterno, la substancia,
No cesa de sufrir. En vano fuera
Esgrimir el acero del suicida.
¡El suicidio es inútil! ¡Cambia el modo;
El ser indestructible continúa!
¡En ti somos, Dolor, en ti vivimos!
¡La suprema ambición de cuanto existe
Es perderse en la nada, aniquilarse,
Dormir sin sueños!... ¡Y la vida sigue
Tras las heladas lindes de la tumba!
¡No hay muerte! ¡En vano la llamáis á voces,
Almas sin esperanza! Proveedora
De seres que padezcan, la implacable
A otro mundo nos lleva. ¡No hay descanso!
Queremos reposar un solo instante,
Y una voz en la sombra dice: ¡Anda!
¡Sí! ¡La vida es el mal! Pero la vida
No concluye jamás. El Dios que crea
Es un esclavo de otro dios terrible
Que se llama el Dolor. ¡Y no se harta
El inmortal Saturno! ¡Y el espacio,
El vivero de soles, lo infinito,
Son la cárcel inmensa, sin salida,
De almas que sufren y morir no pueden!
¡Oh Saturno inflexible!, al fin acaba,
Devora lo creado, y rumia luego,
Ya que inmortales somos, nuestras vidas.
¡Somos tuyos, Dolor, tuyos por siempre!
Mas perdona á los seres que no existen
Sino en tu mente, que estimula el hambre.
¡Perdón, oh Dios, perdón para la nada!
¡Sáciate ya! ¡Que la matriz eterna
Engendradora del linaje humano
Se torne estéril... que la vida pare...
¡Y ruede el mundo cual planeta muerto
Por los mares sin olas del vacío!

M. GUTIÉRREZ NAJERA.

FRAGMENTO

¡Aquí estás, pobre hogar!... ¡El aposento...
La vieja mesa... el empolvado estante...
Los libros donde vive el pensamiento
Como águila cautiva y palpitante!

Aquí están... ¡Todo igual!... Y yo, abismado
Ante este cuadro que entregué al olvido,
Vuelvo, triste, á las nieblas del pasado
Como ave errante que retorna al nido...

¡Poema del ayer!... ¡No, no están rotas
Tus páginas sublimes!... ¿Quién te olvida?...
¡Aun se derraman lánguidas tus notas
En la solemne calma de la vida!

Aun el dolor eterno con que luchó
Me dice que es un sueño, que no es cierto...
¡Aquí compuse, sollozando mucho,
Versos muy tristes á mi padre muerto!

Aquí llamaron á mi puerta, y mudo
La abrí con miedo... ¡y era la Pobreza!...
¡Y quise defenderme y no hallé escudo,
Y me abracé, temblando, á la Tristeza!

¡Aquí me vino á visitar un día
Mi bullicioso enjambre de ilusiones,
Y sentí esa tenaz melancolía
Que es el amanecer de las pasiones!...

¡Amé otra vez!... ¿Qué corazón no late
Por escalar el ara de las diosas?...
Joven y soñador, corrí al combate,
No en busca de laurel, sino de rosas!...

¡Y este es el mismo hogar!... ¡El aposento...
La vieja mesa... el empolvado estante...
Los libros donde vive el pensamiento
Como águila cautiva y palpitante!

¡Pobre nido, salud!... Vuelvo agobiado
A contarte las penas de mi vida...
¡Ya no quiero luchar!... ¡Estoy cansado,
Y tengo el alma sin amor y herida!...

JOSÉ M. BUSTILLOS.

HISTORIA DE AMÉRICA

HEROICA DEFENSA DE BUENOS AIRES

Al fin del año 1805, el pueblo argentino, gobernado por el virrey Marqués de Sobremonte, vivía en continua alarma, temiendo sufrir los rigores de la funesta guerra que el monarca español Carlos IV había declarado á la Gran Bretaña.

Los habitantes de Buenos Aires sabían entonces que una flota inglesa, á las órdenes del comodoro Sir Home Popham, después de haber apresado en alta mar cuatro fragatas cargadas de metales preciosos procedentes del Perú, navegaba en las aguas del Brasil con el deliberado propósito de desembarcar fuerzas considerables en las riberas del Río de la Plata.

El arribo de doce buques británicos al puerto de Barragán en 24 de Junio del año siguiente, y el ataque verificado por las tropas del general Beresford contra el pueblo de Quilmes, fueron los acontecimientos que motivaron la reunión de las milicias provinciales en el punto nominado Castro; pero esta medida tardía, adoptada por el citado Marqués de Sobremonte, no impidió que Beresford, con su división, compuesta de 4.564 hombres de todas armas, se apoderase de la ciudadela de la capital del Plata.

Posesionado Beresford de Buenos Aires, usurpó los caudales públicos, impuso onerosas contribuciones, cometió repugnantes atentados, y en medio de su ciego orgullo llegó hasta el extremo de declarar que *el territorio del Plata pertenecería en lo sucesivo, por derecho de conquista, al muy alto y poderoso Rey de Inglaterra.*

Al informarse el Capitán de navío, D. Santiago de Liniers, jefe del arsenal de Montevideo, de lo que sucedía en la capital, y de la retirada del virrey á Córdoba, se puso en marcha con una división veterana, y habiendo llegado á la aldea llamada Conchas, resolvió salir sin pérdida de tiempo al encuentro de los soldados de la soberbia Albión.

Contando, pues, dicho jefe con 323 cazadores al mando del bizarro Capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha (1), 600 milicianos, 700 gauchos montados y 7 cañones, intimó la rendición al General invasor; y habiendo éste contestado que *no abandonaría la ciudad en la cual tremolaba ya el pabellón de su patria*, principió el combate en las primeras horas del 11 de Agosto, distinguiéndose en lo más recio del fuego los jóvenes pertenecientes á las familias nobles del país.

Había fortificado Beresford con 20 piezas de artillería los puntos cercanos á la Plaza Mayor, y ocupaban además sus soldados los edificios dominantes; de modo que, merced á estas ventajas, logró sostenerse hasta la tarde del 12; pero acosado por los bravos soldados españoles, vióse al fin obligado á buscar un refugio en la ciudadela.

En aquella encarnizada contienda recibió Liniers tres balazos en su uniforme, sin que por fortuna sufriese su persona daño alguno, y muchos soldados y oficiales del ejército del rey exhalaban el postrer aliento, si bien su generoso sacrificio hubo de costar á la codiciosa Inglate-

rra 364 hombres que quedaron sin vida en las calles de Buenos Aires.

Cercado Beresford por las tropas españolas, careciendo de víveres y municiones, hubo de aceptar una capitulación honrosa que el invicto Liniers le propuso. En la referida jornada perdieron los expedicionarios tres banderas, 20 cañones, 700 fusiles, 364 hombres muertos y 1.200 prisioneros.

Después de esta victoria reunióse el Ayuntamiento de Buenos Aires, con asistencia de los preladados, tribunales y vecinos notables, y acordó que el intrépido Liniers asumiera el mando supremo. El débil virrey no hizo oposición á los procedimientos de los representantes del pueblo, y se retiró á Montevideo.

Desempeñando ya Liniers el elevado empleo que le confirió el Ayuntamiento, recibió avisos oficiales relativos al arribo de otra expedición destinada á efectuar la conquista de Buenos Aires, y los periódicos anunciaron que 5.000 combatientes, conducidos por una formidable escuadra á las órdenes del Almirante Sterling, se habían hecho dueños de la isla Gorriti y de los pueblos San Carlos y Maldonado.

Consumada efectivamente dicha violencia, Sir Samuel Achmuty, Comandante en jefe de aquellas fuerzas, establecidas en Punta Arenas, ofició al Marqués de Sobremonte, con fecha 18 de Enero de 1807, exigiéndole la entrega de Montevideo.

Rechazada la intimación de Achmuty, rompió el fuego la escuadra inglesa, tomando por objetivo de sus miras la batería de Buceo; y habiendo notado Sobremonte que al amanecer del 22 una columna de infantería se dirigía sobre la brecha practicable, trató de estorbar los proyectos de sus enemigos, poniéndose á la cabeza de una parte de la guarnición; pero hostilizado por un regimiento de fusileros, retiróse en desorden al pueblo de Guadalupe, dejando en el campo 20 muertos y 32 heridos.

Derrotado asimismo un batallón de infantería al mando del Coronel Lecoc, que quiso destruir una trinchera situada á medio tiro de cañón de las murallas, acudió Liniers con 3.200 soldados en auxilio de los sitiados. El día 4 de Febrero, el Inspector Arce, jefe de la vanguardia, se dirigió hacia Montevideo; pero habiendo asaltado los invasores la precitada plaza en la mañana del 3, se posesionaron de ella, dejando burlados los esfuerzos del ejército de la capital.

El triunfo de Achmuty sirvió de pretexto al pueblo para pedir tumultuosamente la prisión de Sobremonte, el cual fué arrestado el día 10 de dicho mes de Febrero y encerrado ignominiosamente en la cárcel.

A mediados de Mayo, el General Whitelocke, nuevo director de los invasores, llegó con grandes refuerzos á Montevideo. Aconsejado este caudillo por el Teniente coronel Pak y otros oficiales pertenecientes á la división de Beresford, fugados de las prisiones de Luján, desembarcó con 11.000 hombres y 30 piezas de artillería á tres leguas Oeste de Buenos Aires.

En tan difíciles circunstancias recibió el Ayuntamiento comunicaciones del Gobierno español confirmando el título de virrey concedido á Liniers, y entusiasmados con tan grata noticia los habitantes de Buenos Aires, aclamaron frenéticamente al ilustre campeón, que consiguió humillar la altanería de los ingleses.

El día 2 de Julio avanzaron las tropas de Whitelocke, siguiendo el camino de Paso Chico, y el ejército de Liniers, compuesto de 7.000 soldados argentinos, catalanes, gallegos y vizcaínos, que ocupaba el puente de Gálvez, se replegó hacia la capital.

Principiada la lucha en la madrugada del 5, sostiene rudo choque en el Retiro la división del General Gower, que experimenta graves daños ocasionados por la artillería á las órdenes del bravo marino D. Juan Gutiérrez de la Concha; Crawford toma el convento de Santo Domingo; pero hostigado bruscamente por los indomables soldados porteños, parece degollada la mitad de la fuerza de su mando; un regimiento de milicias, parapetado en el monasterio de Santa Catalina, rechaza valerosamente el asalto de la columna capitaneada por Pak; y Whitelocke, lleno de coraje, al ver el destrozo de su gente, se lanza con dos cuerpos de reserva sobre un destacamento compuesto de gallegos y vizcaínos, situado en la iglesia de la Merced, que le obstruye el paso. Ambos ejércitos pelean furiosamente: los ingleses cargan á la bayoneta, ansiosos de apagar los fuegos de las piezas de grueso calibre que enfilan las calles inmediatas al palacio del virrey; mas su bizarría, digna de mejor causa, se estrella en los pechos de los heroicos defensores de Buenos Aires. Los nutridos disparos de los soldados españoles y argentinos, el temerario empuje de la caballería reclutada en las pampas, las piedras, los muebles y el aceite hirviendo que arrojan las mujeres colocadas en las azoteas, aumentan la destrucción de los agresores. Ordena entonces el General británico la retirada de sus diezmados batallones, dejando en poder de los vencedores 80 oficiales con 1.000 soldados prisioneros y doble número de muertos. Asilado Whitelocke en la ciudadela, envía un parlamentario á Liniers solicitando reembarcarse libremente en cambio de

la plaza de Montevideo; y firmada esta capitulación en 7 de Julio, se alejan finalmente de las orillas del Plata los restos de la arrogante hueste que pretendía sojuzgar las fértiles comarcas descubiertas por el célebre piloto Solís.

CAMILO E. ESTRUCH.

EL CREDO DEL PESCADOR



NTES que las primeras tintas de la aurora ahuyentasen las tinieblas de la noche, los pescadores acudían á la playa: al costado de cada embarcación varada en la arena reuníase el grupo formado por sus tripulantes, listas las redes, preparados los remos y las velas; el más viejo de todos los patronos hizo la señal de costumbre; las lanchas, corriendo sobre su movedizo lecho, fueron á flotar sobre las ondas; en aquel instante aparecían por Oriente rojizos destellos; un cielo limpio y transparente hacía esperar á los pescadores que la tempestad no les interrumpiría en sus faenas.

Llegó el instante de partir; formando dos largas filas y obedeciendo al impulso de los remeros, las barcas se pusieron en marcha. En el centro de la bahía de X álzase un grupo de rocas sobre las que edificó una ermita la piedad de los pescadores en honor de un crucifijo que hace muchos años fué encontrado por ellos flotando sobre las aguas; llámanle el Cristo del socorro. Cuando el mar sacude su pereza, se encrespan las olas obedeciendo al impulso del viento, el huracán se enseorea del espacio y espesas nubes cubren el cielo, al Cristo del socorro dirigen sus preces hombres, mujeres y niños, todos los que en X pueden balbucir una oración, en súplica de que la tempestad respete las barcas, que son toda la fortuna de aquellos pescadores, pidiéndole que salve la vida de los que se hallan en el mar; pero ¡ay! que muchas veces el Cristo, ó es sordo ó no quiere oír las preces que le dirigen los hijos de la costa, tal vez nacidos para encontrar la muerte en las entrañas del mar, ya que así lo admite el fanatismo de estas pobres gentes, que en su ignoración rinden sin saberlo culto á la religión que en Suiza fundó Calvino.

Quando la luz del sol iluminaba por completo la líquida llanura, las barcas se detenían delante de la ermita; el más viejo de los patronos, quitándose la azulada gorra, se santiguó; todos los tripulantes le imitaron, y de sus labios brotó la oración compuesta por los apóstoles; después empuñan nuevamente los remos; las barcas continúan su marcha hasta perderse en el horizonte.

**

Con vertiginosa rapidez cambia el mar el aspecto de su superficie; las olas se asemejan á las llamas de un mal pintado cuadro del purgatorio; silba el huracán, oscurecese el celaje, chocan las nubes produciendo tantos truenos como si en el espacio se trabara espantoso combate de artillería; las mujeres, los niños, los ancianos, únicas personas que han quedado en X, acuden á la playa; sus miradas escudriñan el horizonte.

— ¡Las barcas? ¿Dónde están?

Nadie las ve. Tal vez á aquellas horas el mar las haya sepultado en su seno; la angustia se pinta en todos los semblantes; nadie ríe; muchos lloran; el pescador halla la muerte en donde saca el sustento de sus hijos: ¿qué será de ellos si quedan huérfanos?... Cuando tengan fuerzas para empuñar el remo irán al mar, donde muchos encontrarán la misma sepultura que su padre...

Entre el azul y blanca espuma de las encrespadas olas se distinguen algunos puntos negros.

— ¡Las barcas! ¡Allí vienen! — gritan algunos.

¡Oh, todavía las separa mucha distancia de la playa! Aun pueden naufragar bajo el impulso de las acusadas cordilleras que corren atropelladamente.

¡Qué lucha más terrible sostienen los tripulantes de aquellas diminutas embarcaciones con la tempestad! La fuerza del viento crece progresivamente; la altura de las olas y su velocidad aumentan á la vez que disminuye el vigor de los remeros, que, jadeantes, con las ropas empapadas por el agua, los nervios contraídos por el esfuerzo y los pulmones respirando trabajosamente, luchan por defender la existencia, único tesoro del pobre.

Las gentes de la playa no pierden de vista las barcas; las cuentan; hay once; faltan nueve; con cortos intervalos aparecen cuatro más, después ninguna.

Al fin las barcas encallan en la arena, y sus tripulantes pisan tierra firme, corriendo á abrazar á sus familias; los gritos de júbilo de los unos mézclanse con los llantos desgarradores de los otros, formando un contraste imposible de describir, al que parece corear el bramido de las olas sintiendo perder la presa que se le ha escapado; en aquel instante el esquilon de la ermita se deja oír; todas las cabezas se descubren, y

(1) Padre de los ilustres generales D. Manuel y D. José de la Concha.

respondiendo al fúnebre tañido, pronuncian los labios el credo en Dios Padre, en sufragio de las almas de los que hallaron su muerte en el fondo del mar.

M. CORRAL CABALLÉ.

NUPCIAS

En calma la noche. Visible á intervalos de la muerta luna la pálida faz.
El cálido viento descorre las nubes y vuelve á juntarlas soberbio y brutal.

Las ruinas, escuetas, de antigua abadía, en un claro oscuro siniestro se ven.
Rajadas columnas de hendido arquitrabe quedaron en pie.
Se cuenta en el vulgo que está profanada, que allí está Luzbel.

Las naves, desiertas, de vasto palacio le sirven allí,
y el hueco en que estuvo la cruz sacrosanta maldice sin fin.

Altars marmóreos que aun huelen á incienso, radiantes un día de flores y luz,
escala gozoso. Las notas del órgano parodia riendo con viejo laúd.

Flanquea la montaña que sirve de asiento al templo que fuera santuario de amor un grueso torrente, que lanza irritado espumas de cólera, bramido feroz:
del ángel rebelde la voz inaudita que insulta al Señor.

Mirando torcerse la brusca corriente, inmóvil, en pie,
y cual si tallado le hubiera en la roca titánica mano con fino cincel,
la esbelta figura de un hombre se ve.

Sus negras pupilas parecé reflejan allí cuanto ven:
la selva, el sendero, la luna muy triste con lívida tez,
y dentro del pecho bramar el torrente se oye también.

Por la árida senda, cual rayo de luna perdido del foco y errante al azar,
se ve una doncella que avanza ligera con rápido andar.
Jirones del traje se deja en las jaras y de su blanquísimo velo nupcial.

El hombre la mira, se lanza á su encuentro, su enérgico torso endereza viril,
y se abren los brazos, los cuerpos se estrechan, y se oyen allí
los besos que chascan. Sucede el silencio, turbado de pronto por loco reír.

Cual los de ella, nunca se vieron tan rojos dos labios manando dulcísima miel,
ni halago más tierno vestir la mirada, ni noble altivez
más suave y domada pidiendo caricias, de amor infinito mostrando la sed.

—Me llaman la estrella que alumbró la vega,
la estrella del mar,
y ciñe mis sienes augusta corona,
corona ducal.

Me espera en el tálamo un hijo de reyes que un trono soberbio mañana tendrá;
mas yo á ti te entrego más bella diadema:
mis besos amantes, mis flores de azahar.

Un último beso sonó palpitante,
un beso sin fin.

Después, en las aguas dos cuerpos cayeron, y al punto, al sentirlos, cesaron de hervir,
y sólo quedaron las blancas espumas en dulce sosiego, cual blando cojín.

La noche, aterrada, dobló su silencio. La luna escondióse tras negro capuz.
Cual himno de bodas, con bufa armonía, lanzó de sus muros la vieja abadía las notas discordes de ronco laúd.

M. FERRER Y LALANA.

LA QUÍMICA DE LA VIDA



Después de haber analizado y descompuesto los cuerpos, la ciencia se dedica á reconstruirlos; los principales descubrimientos los ha hecho Berthelot. A pesar de los progresos hechos durante medio siglo antes de la aparición de su obra, el espíritu se encontraba menos impresionado por los resultados obtenidos que por los grandes vacíos que separaban la ciencia del punto preciso que es problema fundamental de la vida. Hay seguramente mucha distancia entre el pequeño mundo artificial del laboratorio, en el que la mano incansable del sabio mueve las retortas, enciende los hornos, pesa las sustancias inorgánicas, y este gran laboratorio de la naturaleza en donde nacen, viven y mueren millones de seres. Parece mucha audacia pretender imitar en el primero lo que pasa en el segundo; pero la química orgánica ha trabajado afanosamente para componer los elementos que el análisis ha descubierto en los seres vivientes. Una vez dueña de la ley de las sustituciones, y, por consiguiente, en estado de poner, molécula á molécula, algunos cuerpos simples en el puesto de otros cuerpos simples, la química ha visto extenderse ante sí un ilimitado campo de experimentación. Veamos, como ejemplo, una molécula de hidrógeno carbonado, que contiene 13 átomos de carbono combinados con 28 de hidrógeno; nada más que cambiando las combinaciones de estos átomos se obtienen 802 formas distintas de estas moléculas. ¿Qué sucederá si á estos átomos de hidrógeno sustituimos uno á uno átomos de cloro?

¿Tiene algún límite este poder sintético de la química? ¿Es infinito el número de los cuerpos que pueda crear? Es preciso distinguir entre los cuerpos que entran en la composición de los tejidos vivientes y estos mismos tejidos; hay químicos que creen que sus construcciones sintéticas irán más allá de la albúmina; pero lo que se llama el protoplasma, las sustancias en que la vida se manifiesta bajo la forma más elemental, no es más que lo que llaman los químicos un principio inmediato, una combinación de principios inmediatos que tiene su estructura, su principio de organización. Distinto de esto es hacer albúmina artificial, un hueso con su especial estructura, que en ciertas condiciones se convertirá en un ser viviente.

Hé aquí lo que sobre este asunto dice Berthelot:

«Todo había contribuido á presentar como infranqueable la barrera que separa las dos químicas. Para explicar nuestra impotencia se señalaba como razón poderosa la intervención de la fuerza vital, apta únicamente para componer sustancias orgánicas. Esta fuerza reside en la naturaleza que alienta y vive, y se sobrepone á las fuerzas moleculares propias de los elementos de la materia inorgánica.» A esto añadía: «Esta fuerza misteriosa determina exclusivamente los fenómenos químicos observados en los seres vivientes; su vida es esencialmente distinta de las leyes que regulan los movimientos de la vida puramente móvil y creadora, á la cual imprime estados particulares de equilibrios que ella sólo puede mantener, porque son incompatibles con el juego de las afinidades minerales.

Al proclamar nuestra impotencia absoluta en la producción de las materias orgánicas, dos cosas se habían confundido: la formación de las sustancias químicas cuya semejanza constituye seres organizados, y la formación de los órganos mismos. Este último problema no es del dominio de la química. Jamás el químico intentará formar en su laboratorio un fruto, un músculo, un órgano, una paja.

En el pensamiento de los químicos, el dominio de su actividad creadora se ha separado del de la naturaleza viviente; aspiran sencillamente á formar los materiales que constituyen los órganos; no pretenden, en modo alguno, hacer células, fibras, tejidos. La síntesis de los materiales necesarios á la vida es cosa distinta de la producción del ser viviente. De todos modos, las ciencias químicas y fisiológicas se relacionan estrechamente; la química se acerca cada vez más á las ciencias patológicas. Hay una química que puede llamarse de la vida, la que estudia cómo se realiza el desenvolvimiento normal ó anormal de los tejidos vivientes.

Hace unos cincuenta años ensayó Liebig por vez primera la aplicación de las nociones ordinarias de la física y la química á la vida; demostraba, por ejemplo, que el animal no puede engendrar más calor que el producido por la combustión del carbono y el hidrógeno que entran en su composición. «La fuente del calor, decía, se ha atribuido á la acción nerviosa, la contracción muscular ó los movimientos mecánicos del cuerpo, como si estos movimientos pudiesen existir sin un gasto de fuerza equivalente.» Compara el cuerpo humano al horno de un laboratorio, horno en el cual una serie de cambios complicados se produciría en el combustible; pero allí donde el producto final de la combustión es el ácido

carbónico y el agua, la cantidad de calor producida dependerá, no de estos productos intermedios, sino del producto final.

Liebig trataba de investigar si toda clase de alimento producía calor, ó si las materias nutritivas que lo engendran, además de su oxidación, contribuyen á entretener la energía mecánica necesaria á los movimientos del cuerpo. Dividía las sustancias nutritivas en dos categorías: 1.ª El almidón y los hidrocarburos que, por su combustión, producen el calor necesario al organismo. 2.ª Las sustancias azoadas y albuminosas, la carne, el gluten, la caseína, que él no consideraba como productoras del calor, sino como engendradoras de energía mecánica. La grasa de que se alimentan los esquinales es la fuente de su calorificación. El gaucho que vive en las pampas, siempre á caballo, se alimenta con carne desecada. Los atletas, bailarines y gimnastas se alimentan con carne asada; necesitan poco alimento para conservar su calor corporal; les precisa mucho para reparar las pérdidas que sufren los tejidos en los largos y violentos ejercicios que ejecutan; su alimentación es esencialmente azoada.

La cuestión de la energía muscular, de su verdadera naturaleza y de su entretenimiento es la base de toda buena teoría de la nutrición animal. ¿Cómo la considera la ciencia moderna? De igual modo que Liebig. No admite, como éste, más que dos grupos de materias nutritivas, con funciones completamente distintas, buenas las unas para producir calor, y las otras para producir la fuerza. Este punto de vista es muy sencillo y también muy artificial. Mayer, uno de los primeros que han dado cuerpo á la doctrina hoy tan popular, ha rebatido las teorías de Liebig. Ha sostenido que toda acción muscular se debe á la combustión de una materia nutritiva y no á la destrucción del músculo mismo; ha hecho ver que si los músculos del corazón, por ejemplo, debiesen ser destruidos por un trabajo mecánico, el corazón no existiría más que ocho días.

Mr. Roscoe indica el medio de someter á la experiencia esta delicada cuestión. «Podemos, dice, medir el trabajo producido por un hombre ó por un animal; podemos expresar el trabajo en unidades, en kilogrametros. Podemos enseguida determinar cuál es la destrucción del tejido azoado durante el reposo y durante el ejercicio, con ayuda de los materiales azoados rechazados por la economía animal. Y aquí debemos hacer notar que estos tejidos no están nunca completamente consumidos por la combustión; de manera que el ázoe no está nunca eliminado en el estado de libertad.

Si nosotros conocemos que el músculo quemado puede producir calor, es fácil convertir esta cantidad de calor en su equivalente mecánico. ¿Cuál será el resultado? ¿El peso de la materia muscular destruida durante la ascensión de Faulhom, por ejemplo, ó el trabajo sobre una rueda de pedales, será suficiente para producir, en su combustión, el calor necesario para que, transformado en trabajo mecánico, pueda conducir el cuerpo al punto que llegó Faulhom ó realizar el trabajo en la rueda? Experiencias bien hechas han demostrado que, al contrario, la energía realmente desenvuelta es doble de la que hubiera podido producirse solamente por la oxidación de los constituyentes azoados, eliminados por los cuerpos durante veinticuatro horas.

En otros términos, la oxidación pura y simple de los músculos no conduciría al ascensionista más que á la mitad de la altura de Faulhom. De aquí resulta claramente que la teoría de Liebig es completamente falsa. Hace falta algo más que la usura orgánica del músculo para producir la energía mecánica; los constituyentes azoados de las materias nutritivas contribuyen á reparar la usura del músculo que tiene necesidad de ser renovado como cualquiera otra parte del cuerpo; la función de la parte no azoada de estas materias nutritivas no consiste solamente en alimentar de calor; contribuye también por su oxidación á aumentar la energía mecánica necesaria á los movimientos. En suma, hay en las materias nutritivas cierta cantidad de energía potencial que puede repartirse de una manera variable, según las circunstancias, en calor y un trabajo mecánico, cualquiera que sea la naturaleza de las sustancias.

Si se quiere una prueba de la verdad de esta doctrina, no hay más que ver de cuánta energía mecánica son capaces los hombres y las razas cuya alimentación es muy poco azoada. Hay en esta cuestión del empleo y distribución de la energía potencial representada por la oxidación elementos no tenidos en cuenta por Liebig, y son de influencia incontestable; hablamos de la acción recíproca del espíritu sobre el cuerpo, y de este trabajo que se llama el trabajo cerebral, que tiene una acción innegable sobre la nutrición. No hay ninguna parte de nuestro organismo que reciba tan directamente los efectos como la sustancia de nuestro cerebro; el trabajo del cerebro tiene la particularidad de ser en parte voluntario y en parte involuntario. Fuera de esto hay gran diferencia entre estos dos géneros de trabajo bajo el punto de vista que nos ocupa; para comprenderlo mejor, no hay más que comparar la acción mecánica involuntaria del corazón, que no produ-

ce nunca la mejor sensación de fatiga, con la acción de los músculos de la voluntad, á los cuales un ejercicio prolongado les produce dolor. También sabemos que un ejercicio al cual estamos acostumbrados nos cansa menos que uno nuevo; el jinete consumado no es, á caballo, más que una especie de autómeta; el que tiene el hábito de las armas puede esgrimir una espada ó un florete durante mucho tiempo sin sentir cansancio. El montañés sube las pendientes más inclinadas con su paso lento y ritmado, sin que el sudor humedezca su piel.

¿Cuál es el gasto de energía mecánica en el trabajo intelectual, que es, según hemos dicho, en parte voluntario y en parte involuntario? La ciencia no puede aún contestar á esta pregunta. Nosotros sabemos solamente que un gran trabajo de espíritu deja en el cuerpo un estado particular de fatiga, de laxitud. La segunda ley de la termodinámica nos enseña que cualquiera que sea la naturaleza de los medios mecánicos destinados á convertir el calor en trabajo esta conversión no puede nunca ser completa. Helmholtz ha pensado que tal vez se realice esta conversión completa en los organismos delicados de los organismos vivientes.

Mr. Hirn, en su reciente Memoria sobre la termodinámica y el estudio del trabajo en los seres vivientes, ha tratado la cuestión que nos ocupa. Ha hecho curiosas experiencias sobre el calor humano, y ha confirmado las teorías de Lavoisier.

Hé aquí sus conclusiones:

1.^a La asimilación del oxígeno en el acto de la respiración es en el estado dinámico; como en el estático del ser viviente, la fuente principal del calor.

2.^a Esta asimilación determina reacciones químicas secundarias, cuya especie varía según que el individuo está en reposo ó ejecuta un trabajo positivo ó negativo; reacciones que á su vez producen ó impiden la producción del calor.

3.^a A lo más, y accesoriamente, pueden existir reacciones químicas absolutamente independientes de la oxigenación, pertenecientes siempre á un orden inferior.

Pasando al análisis de las condiciones especiales del trabajo intelectual, Mr. Hirn dice que, bajo el punto de vista de la mecánica, todos los trabajos intelectuales son internos. En las máquinas, el trabajo interno ocasiona un gasto de elemento dinámico venido de fuera y un gasto de calor. Así, por ejemplo, un kilogramo de agua á cien grados sometido á una atmósfera de presión, consume 496 calorías para reducirse á vapor; y este calor produce el trabajo interno de la separación de las moléculas.

Este calor gastado queda disponible, y el vapor no puede volver á su estado líquido sin restituirlo. Sobre el trabajo intelectual, bajo este punto de vista, dice Mr. Hirn:

«El trabajo intelectual no lleva consigo, como el de las máquinas, un consumo ó una producción de calor definitivo. Para continuar la comparación entre los dos órdenes de trabajos, sería necesario decir que la actividad del trabajo consiste en un trabajo alternativamente positivo y negativo, que se compensan exactamente. Puede compararse este trabajo al que hacemos marchando sobre un plano horizontal, ó con más exactitud, al que hacemos en el fenómeno de la circulación de la sangre, por ejemplo. Aquí, en efecto, el roce de la sangre contra las paredes de las arterias y venas desenvuelve el calor (y así es como se ha querido explicar la calorificación de los seres animados); mas para determinar el movimiento del líquido y para superar estos roces, el corazón trabaja mecánicamente, y este trabajo cuesta tanto calor como el roce que produce. El conjunto del fenómeno determina, pues, una distribución diversa de calor, pero una producción.»

De todo lo precedente, resulta con la mayor evidencia, que si hay analogía, ó mejor dicho, identidad entre los fenómenos físicos de las máquinas y los que tienen lugar en el cerebro cuando ordenamos y coordinamos nuestras ideas para producir una obra intelectual, no es posible ninguna comparación entre los productos de los dos géneros de máquinas. Es absurdo en sí mismo, y falso científicamente hablando, identificar una obra intelectual con una secreción, por ejemplo. Cuando nosotros nos servimos de los términos del trabajo físico y del trabajo intelectual para designar el *acto mismo* por el cual se engendra un fenómeno dinámico ó un pensamiento, nos servimos de expresiones que son, probablemente, las más correctas. Pero cuando decimos el trabajo intelectual ó el producto del acto cerebral, recurrimos á una metáfora.

DR. SALCEDO.

SONETOS

I

Luz que con las tinieblas forcejea,
palabra misteriosa y refulgente
que ha escrito Dios sobre la humana frente,
y que el alma del hombre deletrea.

Verbo glorioso que universos crea
al hablar con el fondo de la mente,
y que en ella produce de repente
esa explosión de luz llamada idea.....

Tal es la libertad; sus santas galas
llenan el corazón y el firmamento;
ella logra que el alma vuele ó vibre,
ella los hierros los transforma en alas.....
¡Hasta del mismo Dios es el cimiento,
pues Dios no fuera Dios no siendo libre!

II

Por mí existe la máquina humeante
y el alambre palabras balbucea,
y la humana retina curioseosa
el firmamento negro y fulgurante.

Mido el sol, surco el mar, muevo el volante,
perforo la montaña gigantea,
y cuando quiero eternizar la idea,
un pedazo de plomo me es bastante.

El río, si lo mando, se desvía;
en mis máquinas tengo el río preso;
con el arco voltaico miento el día,
mido las almas y los mundos peso.....

Tal soy..... ¿No me conoces todavía?
Sí, sí, ya sé quién eres..... ¡El Progreso!

GONZALO DE CASTRO.

1892.

CENTRO GALLEGO DE MONTEVIDEO

El señor Doctor Riguera Montero, distinguido amigo nuestro, ha recibido del *Centro Gallego*, de Montevideo, la siguiente carta, que con gusto publicamos. Dice así:

«Montevideo, Agosto 1.^o de 1892.
Señor Doctor D. José María Riguera Montero. — La Coruña. — Respetable comprovinciano: La atenta nota que se sirvió usted dirigirme con fecha 5 de Mayo último, así como la no menos atenta del 10 de Junio pasado, fueron recibidas en este *Centro* á su debido tiempo; y si antes no fué contestada la primera, como era nuestro deseo, se debe al cambio de Directiva efectuado recientemente en el mismo, y á los trabajos preliminares inherentes á toda Junta nueva; trabajos que, como usted comprenderá, ni admiten esperas ni dan tiempo aun para ocuparse de aquellos asuntos más serios que, como el que motiva la presente, son de gran importancia y merecen por lo tanto que se mediten y estudien detenidamente. Hecha esta salvedad, muy necesaria para explicar el involuntario silencio de este *Centro*, paso con gusto á contestar sus dos precitadas notas.

Por la primera, y á causa de su mal estado de salud, rehusa Ud. aceptar el encargo de representar á este *Centro* ante el *Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano* que ha de celebrarse en Madrid en Octubre próximo; y en la segunda, da Ud. cuenta de haber delegado sus poderes en nuestro distinguido comprovinciano el Excmo. Sr. Doctor Montero Ríos, el cual ha aceptado con gusto la representación.

Respecto á su renuncia, esta Directiva la lamenta sobremanera, más que por la falta de su importante concurso—que en este caso hubiera sido valiosísimo, puesto que Ud. conoce de largos años á este país,—por el estado de su preciosa salud. La Directiva suponía á Ud. enteramente restablecido, y por eso fué que acordó nombrar á Ud.—conjuntamente con el Sr. Montero Ríos—para que representase al *Centro Gallego* en el Congreso de la referencia; de modo que pide á Ud. disculpas por haberle molestado, y hace cordiales y sinceros votos por el pronto y completo restablecimiento de su salud.

En cuanto á la delegación que de sus poderes hizo Ud. en el Sr. Montero Ríos, ha sido mirada por la Directiva como un acto muy acertado, y por lo mismo le ha prestado su aprobación más completa, tanto más, cuanto que ya se disponía á facultar á Ud. para que procediese en esa forma, lo cual es ahora innecesario, en virtud de saberse—por conducto de Ud.—que el Sr. Montero Ríos acepta el cargo.

En este caso, no solamente ha interpretado usted fielmente los deseos de la Directiva, sino que, adivinándolos sin duda, se ha anticipado á cumplirlos, y por lo mismo doy á Ud., á nombre de la Directiva y de la Sociedad, las más expresivas gracias, complaciéndome también en unir mi particular agradecimiento.

Dejando así contestadas sus dos expresadas notas, y agradeciendo además los benévolos conceptos que en ellas hace Ud. de este *Centro*, tengo el honor de saludarle con mi consideración más distinguida.—Mario Rodríguez, *Presidente*.—Ramón Rodríguez Alonso, *Secretario*.»

CRISTÓBAL COLÓN

(Conclusión.)



AL era el agradecimiento y fidelidad del navegante en el colmo de su desgracia. Pero la muerte de Isabel no arrastraba consigo su fortuna, sino también su vida. Detenido en Sevilla por sus crecientes achaques, no tenía otros consuelos que el prodigado por su hermano Bartolomé y su hijo D. Fernando.

Este joven, que sólo contaba diez y seis años, revelaba todas las prendas que caracterizan al hombre ya maduro unidas á las gracias de la adolescencia.

«Amale como un hermano, escribía Colón á su hijo Diego, que se hallaba entonces en la corte; no tienes otro. Aunque tuvieses diez hermanos, no te sobrarían. Mis hermanos han sido siempre mis mejores amigos.»

Rogó á Bartolomé que condujera á D. Fernando á la corte y que lo recomendara á D. Diego, su hijo legítimo. Bartolomé partió con Fernando á Valladolid, que era donde residía entonces la corte, y donde solicitó en vano alguna protección para su hermano. Cuando la primavera hubo templado los rigores del frío, Colón, acompañado de Bartolomé y sus hijos, se dirigió también á Valladolid. Su presencia en la corte hubo de parecer al Rey inoportuna: su indigencia equivalía á un réproche. El expediente instruido sobre su conducta y la restitución de sus bienes y privilegios fué remitido al Consejo, quien sin que se atreviera á negar sus derechos, recurrió á dilaciones que gastaron su vida y su paciencia. Su inquietud, la ansiedad en que vivía al prever la triste situación en que dejaría á sus hermanos é hijos, agravaron sus sufrimientos corporales.

«Vuestra Majestad, escribía al Rey desde su lecho de dolor, no juzga que debe cumplir las promesas que me hizo juntamente con la Reina que esté en gloria. Luchar contra vuestra voluntad sería lo mismo que luchar contra el viento. He hecho lo que debía hacer; que Dios, que me ha sido siempre propicio, haga el resto conforme á su divina justicia.»

Sintió que la vida, ya que no la constancia, iba á faltarle. Su hermano Bartolomé y su hijo Diego se habían ausentado por su orden para echarse á los pies de la Reina Doña Juana, hija de Isabel, que iba á Castilla desde Flandes. El dolor físico, la angustia moral, la conciencia de que se abreviaban sus días, harto cortos para aguardar que antes de morir se le hiciera justicia; el triunfo de sus enemigos en la corte; las burlas de los cortesanos; la frialdad del Rey; el presentimiento de que iba á llegar su última hora; el aislamiento en que le dejaba la ausencia de su hermano y de su hijo; el recuerdo de una existencia cuya mitad se había pasado esperando la hora de un gran destino y la otra mitad deplorando la inutilidad del genio; su compasión hacia aquellos indios que había encontrado libres y viviendo como niños en su jardín de delicias y que después fueron profanados, despojados, convertidos en esclavos por sus crueles opresores; la idea de que sus hermanos se quedaban sin apoyo y sus hijos sin herencia; las dudas acerca del concepto que merecería á las generaciones futuras su memoria; los dolores de su cuerpo, las tribulaciones de su espíritu, el recuerdo de lo pasado, la angustia de lo presente, el miedo del porvenir; todo esto pesaba á un mismo tiempo sobre el corazón y la cabeza del pobre anciano, que seguía abandonado en su casa de Valladolid por la ausencia de sus hermanos y sus hijos. Pidió á uno de sus servidores, viejo y último compañero de sus viajes, que trajera á su lecho un breviario, presente que le había hecho el papa Alejandro VI cuando los soberanos le trataban como si fuese un soberano. Colón escribió con temblorosa mano su testamento en una página de aquel libro, al cual atribuía una virtud de consagración divina.

«Extraño y sorprendente espectáculo para el hombre que le servía! Aquel anciano, olvidado por el mundo, tendido sobre un pobre y miserable lecho en una casa de huéspedes de Valladolid, distribuía en su testamento mares, islas, continentes, imperios, naciones, hemisferios! Instituyó por heredero universal á su hijo legítimo Diego; en caso de que éste muriera sin sucesión, le sustituía su hijo natural Fernando; y si éste, en fin, moría sin hijos, la herencia pasaba á su querido hermano Bartolomé y á sus descendientes.»

«Ruego á mis soberanos, decía, que mantengan esta mi voluntad en lo que se refiere á la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis títulos; puesto que siendo hijo de Génova vine á ponerme al servicio de Castilla, y puesto que descubrí en el oeste la tierra firme, las islas y las Indias..., mi hijo debe heredar mi título de Almirante de la parte que se encuentra en el oeste, tirando una línea que vaya de un polo al otro polo...»

Pasando en seguida al empleo que debían tener las rentas aseguradas en su tratado con Isabel y Fernando, el anciano distribuía con gran liberalidad y discreción los millones que debía



B. Léonard to pinto.

¡DIOS DIRA!....

FOTOG. DEL ORIGINAL POR J. LAURENT Y C.²



F. Moratilla sculp.

MADRID: LAS ESFINGES DE LA NUEVA BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES
(Pórtico de Levante.)

Fotog. del Natural por J. Laurent y C.ª

percibir su familia entre sus hijos y Bartolomé su hermano. Señalaba un cuarto á este hermano y dos millones de renta anuales á Fernando su segundo hijo. Se acordaba también de la madre de este último, Doña Beatriz Enríquez, con la cual no se había unido en matrimonio. Su conciencia le reprochaba el abandono en que la había tenido durante su larga peregrinación en el Océano. Encargó á su heredero que satisficiera una espléndida pensión á esta compañera de sus oscuros días y en la época en que luchaba con todos los rigores de la suerte. Se acusó también de cierta ingratitud ú olvido por esta mujer objeto de su segundo amor, y en el legado con que la favorece deja escapar estas frases:

«Y que esto se ejecute en descargo de mi conciencia, pues el nombre de Doña Beatriz y su recuerdo son como un peso que mortifica mi alma.»

Hablando luego de su primera patria cuyo recuerdo no destruye en el corazón del hombre una segunda patria, Colón cita en su testamento la ciudad de Génova, en que el tiempo había desarraigado la casa de sus padres, pero donde existía algún pariente lejano como esas raíces que quedan en el suelo cuando el tronco de un árbol se ha cortado.

«Ordeno á Diego, mi hijo, decía, que mantenga en la ciudad de Génova un miembro de nuestra familia, el cual residirá en ella con su mujer; y le asegurará una existencia honrosa tal como exigen los lazos que con ella nos unen. Y es mi voluntad que ese pariente sea vecino y ciudadano de Génova, pues allí nací y de allí vine.»

«Que mi hijo, añadía con ese sentimiento caballeresco y de feudalidad que abrigaban los hombres de entonces hacia su soberano, el cual era la segunda religión de aquel tiempo; que mi hijo sirva en memoria mía al Rey, á la Reina y á sus sucesores, aunque tenga que perder sus bienes y la vida, ya que después de Dios ellos fueron los que me proporcionaron los medios para realizar mis descubrimientos.»

«Bien es verdad, añade con cierta involuntaria amargura, que vine á ofrecérselos desde muy lejos y que discurrió mucho tiempo antes que se dignasen aceptar mi presente; mas esto era muy natural, ya que no dejaba de ser para todo el mundo un misterio en el que nadie creía. Hé ahí por qué debo dividir mi gloria con los soberanos que me concedieron su crédito.»

Colón dirigió en seguida todos sus pensamientos hacia Dios, que consideraba como el único y verdadero soberano: parecióle que dependía directamente de la Providencia, de quien había sido instrumento y ministro al mismo tiempo. La resignación y el entusiasmo, estos dos resortes de su vida, no le faltaron en la hora de su muerte. Humillóse bajo la mano de la naturaleza y se irguió bajo la de Dios, á quien siempre había visto por entre sus reveses y triunfos, y que veía aún de más cerca en el instante en que abandonaba la tierra. Abismóse en el arrepentimiento de sus faltas y en la esperanza de su doble inmortalidad. Poeta de corazón, según se le vió en sus escritos y discursos, pidió á la poesía sagrada de los psalmos las últimas inspiraciones de su alma y el postrer murmullo de sus labios. Pronunció en latín su supremo adiós al mundo y entregó en alta voz su alma al Criador Supremo, como un servidor satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que había engrandecido, para ir al mundo invisible y apoderarse del espacio inconmensurable de los universos infinitos.

La envidia y la ingratitud de su siglo y de su rey se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre que convirtieron en su víctima. Los contemporáneos de los hombres célebres se apresuran cuando éstos mueren á expiar las persecuciones con que suelen mortificarles. Así es que se tributaron á Colón funerales verdaderamente regios. Su cuerpo, y más tarde, el de su hijo, después de ocupar sarcófagos en diferentes iglesias de España, fueron trasladados conforme á su voluntad á la isla Española. Hoy día se hallan en Cuba. Mas por un extraño juicio de Dios ó por una ingrata inconsecuencia de los hombres,

de todas aquellas tierras de América que se disputaron la honra de guardar sus cenizas, ninguna conserva su nombre.

Todos los caracteres del verdadero grande hombre se hallan reunidos en este nombre: genio, trabajo, paciencia, oscuridad de la suerte vencida por su extraordinaria constancia; obstinación dulce, pero infatigable, para la realización de un fin; resignación en la voluntad del cielo; lucha contra las cosas y los hombres; larga meditación del pensamiento en la soledad; ejecución heroica del pensamiento en la acción; intrepidez y sangre fría contra los elementos de las tempestades y contra la muerte en las sediciones; confianza en la estrella, no de un hombre, sino de la humanidad; vida lanzada á toda suerte de azares sin mirar tras sí y precipitándose en un Océano desconocido y poblado de fantasmas; Rubicón de mil quinientas leguas de anchura y mucha más infranqueable que el de César; estudio infatigable; conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; destreza hábil, pero honrada, para manejar los corazones y guiarlos hacia la verdad; nobleza de formas exteriores que revelaban grandeza de alma y encadenaban los corazones; lenguaje proporcionado á la altura de sus pensamientos; elocuencia que convenía á los reyes y que domaba las sediciones de sus hombres; poesía de estilo que igualaba sus relatos á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor ardiente, inmenso y activo por la humanidad, hasta cuando ésta olvida á aquellos que la sirven; sabiduría de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias; piedad paternal hacia aquellos indios, hijos de la raza humana cuya tutela quería dar al viejo mundo sin que este los esclavizara; olvido de las injurias, magnanimidad y perdón con sus enemigos; hombre de gran piedad, que es la virtud que encierra todas las otras cuando se posee á la manera con que aquél la poseía; presencia constante de Dios en su espíritu, justicia en su conciencia, misericordia en el corazón, reconocimiento en el buen éxito, resignación en el infortunio; hé ahí lo que distinguió á este hombre célebre.

No conocemos otro más completo. Contenia muchos hombres en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca del desconocido que fué el primero en descubrir y de llevar á los hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente sin llevarle ninguno de sus vicios. Su influjo sobre la civilización no tuvo medida. Completó el universo y la unidad física del globo. Adelantó mucho más allá de lo que se había hecho hasta su época la gran obra de Dios, *la Unidad moral del género humano!* Esta obra, á la cual contribuyó tanto Colón, era demasiado grande para que pudiera ser dignamente premiada con la imposición de su nombre á un cuarto continente.

La América no lleva su nombre: el género humano acercado y reunido por él lo esparcerá en todo el globo.

ALFONSO DE LAMARTINE.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

La muerte de Tabaré.—Este hermoso cuadro, original del notable artista Sr. Ramírez, se halla registrado en el catálogo de la actual Exposición Internacional de Bellas Artes con el título *De la conquista del Uruguay.*

Está inspirado en un poema legendario del Sr. Zorrilla San Martín, representante diplomático del Uruguay en Madrid; el poema se denomina *Tabaré*, y por su fuerza descriptiva y altos vuelos recuerda las leyendas y tradiciones del autor de *Don Juan Tenorio.*

El cuadro ha sido adquirido por el Sr. Zorrilla San Martín.

¡Dios mío!... ¡qué solos—se quedan los muertos!—Sentidísima composición magistralmente ejecutada, y que su autor, D. Modesto Urgell, debió concebir paseando por un cementerio á la caída de una tarde, y recitando mentalmente la

bellísima poesía de Bécquer, cuyas estrofas todas terminan con los dos versos que le sirven de epigrafe.

¡Dios dirá!...—Desgraciadamente no puede ser de más actualidad el cuadro del distinguido pintor D. Benito Lleontart, que representa los últimos instantes de un buque náufrago, cuya tripulación busca la salvación en los botes, confiando sus vidas y destino en la divina Providencia.

Esfinges del nuevo palacio de Biblioteca y Museos Nacionales.—Con objeto de ir adelantando á nuestros lectores algunos detalles del suntuoso edificio destinado en el paseo de Recoletos á Biblioteca y Museos, insertamos el pórtico de Levante, tomado del natural por la casa de Mr. Laurent, y en el cual se destacan en primer término las dos airoas y bien ejecutadas esfinges, debidas al ilustre escultor Sr. Moratilla.

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

1492. A Colón, el Círculo de Bellas Artes. 1892. Lujosísima y preciosa publicación que nuestros mejores artistas y escritores dedican al inmortal marino con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América. Está profusamente ilustrada con dibujos de gran mérito, cromos, autógrafos de los Reyes Católicos, y termina con una muestra de la *Exposición de cabezas y vitelas* abierta en dicho Círculo.

Esta publicación es de lo más notable que se ha producido con motivo de las fiestas del Centenario. Felicitamos sinceramente á los iniciadores y autores de una colección que es honra de las artes y las letras españolas.

REGALO Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Con el presente número repartimos, en obsequio á nuestros abonados, una preciosa lámina en cartulina que representa una obra artística de escultura, de afamado autor, cuidadosamente fotografiada del original por la acreditada casa de Mr. Laurent y Compañía, establecida en Madrid.

A pesar de los costosos sacrificios que para nosotros significa, no será éste el único regalo que ofrezcamos á nuestros favorecedores en la misma forma, con objeto de que, encerrándolo en un marco, les sirva de adorno en sus habitaciones ó puedan unirlo encuadrado á la colección de esta Revista, pues de ambas maneras tiene aplicación.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.—A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.—A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.—Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

EL VERDADERO ZARAGOZANO



D. MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

FABRICACION DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares**.

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaques, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—**Administración:** Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Grandiosa obra, única en que se reúne en fotografía inalterable, por *J. Laurent*, cuanto notable en pinturas modernas y antiguas tiene España, como también nuestros hermosos monumentos, la escultura, orfebrería, más las excelentes colecciones de tapices que posee la Real Casa, juntamente con los preciosos y numerosos modelos existentes en la Real Armería de Madrid.

Esta magnífica obra se compone de cuatro series, cuyos títulos son:

1.º El Arte moderno español. — 2.º Museos de España. — 3.º Monumentos arquitectónicos y la Escultura. — 4.º Tapicería de la Real Casa y Real Armería de Madrid.

Esta obra se puede adquirir completa ó por series sueltas, encuadrada en elegantes tapas: cada serie forma dos tomos, uno de láminas y otro de texto. Precio de la obra completa y encuadrada, 150 pesetas; por series sueltas, á 38 pesetas.

El texto de esta obra está redactado por la brillante pluma del Excmo. Sr. *D. Pedro de Madrazo*, eximio literato y eminente crítico de artes.

Se halla de venta en la Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid, y en las librerías.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. *D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO*
Y *D. TOMÁS JAUREGUI Y ECHAVE*

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE *F. LAURENT*

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de *Pablo Chenavard* y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de **50 céntimos de peseta**.

OBRA DE SENSACION ESTUDIOS DE ECONOMÍA SOCIAL

DE *D. RAFAEL MARÍA DE LABRA*

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á *los fundamentos de la escuela contemporánea*; la segunda estudia *la cuestión social*, y la tercera se relaciona con *el obrero de nuestros tiempos*.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR *J. A. FORT*

Director de la *Revista Quirúrgica*
y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

Acaba de ponerse á la venta la tercera y última edición española, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. *Armas y Céspedes*; forma dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto. Precio de la obra: 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias.

Los pedidos á la casa editorial de la **Viuda de Rodríguez**, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR *F. MORALES SÁNCHEZ*

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por *Víctor Hugo*, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisperitos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de *Gil Blas de Santillana*, por *Mr. Lesage*.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Vicuña* y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frías*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.